

igualar su duración efectiva, el tiempo consumido por el público, no tiene verdadera importancia, a despecho de las clásicas alharacas en torno a las unidades. La crítica basada en ellas, tan pedantescas, no se preocupaba genuinamente por la experiencia real en el teatro.

Los que hemos trabajado en el teatro sabemos muy bien cómo el público acepta sin protesta un tiempo en escena que avance, al menos, con doble rapidez que el suyo. Por ejemplo, una comedia puede haber sido escrita de una manera severamente naturalista y haberse producido con el propósito de dar la impresión de un total realismo. Sin embargo, durante el curso de un solo acto, que dure acaso cuarenta y cinco minutos, puede mostrarse a una pareja de anfitriones que esperan a sus invitados, pueden servirse cócteles y después la cena, pueden escucharse las conversaciones que se desarrollan mientras los comensales toman café y coñac, y pueden empezar a desfilar los invi-

tados. De modo que tres horas de nuestro tiempo ordinario han sido comprimidas en cuarenta y cinco minutos. Y si el comediógrafo, el director y los intérpretes han realizado adecuadamente su labor, el público aceptará esto como una presentación estrictamente realista de una cena de invitados.

Naturalmente, ha de concederse cierto margen al hecho (al cual nunca se pierde realmente de vista, si se acepta mi teoría de la «experiencia dramática») de que, naturalista o no naturalista, realismo o no realismo, todo cuanto sucede en el escenario está gobernado por ciertos convencionalismos ampliamente admitidos. Pero también hay destreza en esta habilidosa compresión del tiempo, en la forma en que se excluyen cuidadosamente los momentos carentes de significación, para que todo cuanto se diga y haga sea significativo. El tiempo vacío está desterrado de un buen teatro.

Así, pues, podríamos decir que el gran drama

En una escena de la producción londinense de 1955 de la obra de Samuel Beckett *Esperando a Godot*, los dos vagabundos que esperan sin designio especial a un enigmático Godot son interrumpidos por el despótico Pozzo y su esclavo. Este extraño mundo de fantasía parece hallarse fuera del paso ordinario del Tiempo, impresión que subraya la aparente futilidad de la espera de los vagabundos.



poético nos saca del Tiempo, mientras nuestro drama en prosa contemporáneo, si sabe lo que hace, al menos nos ofrece cierta liberación de nuestro sentido usual del paso del tiempo, mostrándonos gentes que viven en un tiempo comprimido y acelerado, en el cual todo nos parece significativo y lleno de intención, de modo que observamos a tales gentes como un semidiós podría observarnos a nosotros y a nuestros asuntos. Esto también es cierto respecto a las películas cinematográficas, que utilizan un medio muy flexible, capaz de ejecutar toda suerte de trucos con el Tiempo. Pero existe una diferencia importante entre una película cinematográfica y una comedia teatral. Cuando presencio una comedia, tengo la impresión de estar contemplando algo que ocurre en ese momento; todo está en tiempo presente. Cuando veo una película, tengo la impresión de estar presenciando algo que ya ha sucedido: todo está en tiempo pretérito.

Por otra parte, aunque el drama en la televisión parece tener más en común con el cine que con el teatro, tengo la impresión de que todo está en tiempo presente y no pretérito, de que está sucediendo y no ha sucedido ya. (Quizá se deba a que asociamos la pantalla de televisión con sucesos que realmente *están* ocurriendo, con informaciones, retransmisiones deportivas, etc.) Esto parece sugerir que el drama televisivo puede combinar las ventajas del film y el teatro, con la flexibilidad del uno y la inmediatez del otro.

Y, desde luego, alejándonos mucho de las actuales y frías distracciones domésticas, no es difícil imaginar enormes teatros de televisión, donde pueda presenciar el público, en color y sobre pantallas enormes, funciones que tengan lugar en el mismo edificio, permitiendo así a público e intérpretes responderse mutuamente como hacen en el teatro. El Tiempo, obrando con algo mejor que agudeza comercial, aún puede traernos semejante maravilla tecnológica, ayudándonos así a olvidarlo.

2

Llegamos ahora al Tiempo como *tema* para la novela y el drama. Cuando originariamente pergeñé una breve sinopsis de este libro en proyecto, incluí ese aspecto y no le dediqué más atención, persuadido de que ninguna parte de la obra sería de más fácil realización que esta. Pensaba que, tan pronto como le dedi-